Enflaquecía á ojos vistas.

Los bromistas le hacían contar «el bramante» para divertirse, como se hace contar sus batallas al soldado que ha estado en campaña. Su inteligencia decrecía.

A fines de diciembre guardó cama.

Murió á primeros de enero y en el delirio de la agonía afirmaba su inocencia diciendo:

—Un bramante... un trocito de bramante, señor alcalde.

¡CAMARERO, UN BOCK!...

¡Camarero, un bock!...

A José María de Heredia.

¿Por qué entré aquella noche en aquella cervecería? No lo sé. Apretaba el frío. Una llovizna, un polvo de agua velaba los mecheros de gas con bruma transparente, hacía relucir las aceras donde se reflejaban las luces de los escaparates, iluminando el barro y los pies de los transeuntes.

No llevaba objeto fijo. Andaba para hacer la digestión. Pasé por el Credit Lyonnais, por la calle Vivienne y por otras calles. De pronto vi una cervecería casi llena. Entré sin saber por qué. No tenía sed.

De una ojeada busqué un sitio donde no hubiera mucha gente y fuí á sentarme junto á un hombre

que me pareció viejo y que fumaba en una pipa de tierra de diez céntimos, negra como un tizón. Seis ú ocho platitos de cristal, indicaban el número de vasos de cerveza que ya bebiera. No me fijé mucho en mi vecino. A primera vista había comprendido que era un bebedor empedernido, uno de esos parroquianos de cervecería, que llegan por la mañana al abrir el establecimiento y se marchan al cerrarlo. Iba sucio; estaba calvo de la coronilla y unas greñas sucias y grises le caían hasta el cuello de la levita. Su vestido holgado, parecía hecho años atrás cuando tenía barriga. Se comprendía que el pantalón estaba mal ajustado y que aquel hombre no podría dar diez pasos sin subirse aquella prenda. ¿Llevaba chaleco? Al pensar en sus botas y en su contenido, me horroricé. Los puños, deshilachados, estaban negros como las uñas.

Apenas estuve sentado á su lado, aquel personaje raro me dijo con tranquilo acento:

—¿Sigues bien?

Me volví hacia él y le miré. Añadió:

—¿No me reconoces?

—¡No!

—Des Barrets.

Quedé estupefacto. Era el conde Juan Des Barrets, mi compañero de colegio.

Le estreché la mano, tan estupefacto que no supe qué decirle.

Por fin balbuceé: «¿Y tú, cómo estás?»

Contestó plácidamente: «Como mejor puedo.»

Calló. Quise aparecer amable, busqué una frase: «Y... ¿á qué te dedicas?»

Replicó con resignación: «Ya lo ves.»

Sentí que me ruborizaba. Insistí: «¿Cada día haces eso?»

«Sí, contestó arrojando espesas bocanadas de humo, cada día igual.»

Luego, dando en la mesa de mármol con una moneda de cinco céntimos, exclamó: «Camarero, dos bocks.»

Una voz lejana repitió: «Dos bocks al cuatro.» Y otra, más lejana aun, lanzó un «¡va!» de falsete. Luego apareció un hombre con delantal blanco llevando los dos bocks, de los que vertía gotitas amarillas al correr sobre la arena.

Des Barrets vació de un sorbo su vaso y lo dejó sobre la mesa, mientras se relamía la espuma que le quedara en el bigote.

Luego preguntó:

—¿Qué hay de nuevo?

Maldito las novedades que se me ocurría decirle. Balbuceé:

—Ninguna, viejo mío. Yo soy comerciante.

—Y... ¿te divierte eso?—preguntó con su voz sin inflexiones.

—No; pero bien es preciso hacer algo.

—¿Por qué?

—Para estar ocupado.

—Y... ¿á cuenta de qué? Yo no hago nada como ves, nunca nada... Cuando no se tiene un cuarto comprendo que se trabaje; pero cuando se tiene para vivir es inútil. ¿Para qué trabajar? ¿Lo haces para ti ó para los demás? Si lo haces para ti, señal que te gusta, y entonces bien; pero si lo haces para los otros eres un tonto.

Luego, dejando la pipa en el mármol, gritó: «¡Camarero, un bock!» y añadió:

—Hablando me da sed; como que casi nunca hablo. Sí, yo no hago nada; envejezco. Al morir no echaré nada de menos. Sólo recordaré esta cervecería. Ni mujer, ni hijos, ni quebraderos de cabeza, ni pesares, nada. Es lo mejor.

Vació el bock, se relamió y cogió la pipa.

Le miraba con estupor. Le pregunté:

—¿Siempre llevaste esa vida?

—Sí, desde que salí del colegio.

—Pero esto no es vivir, amigo mío. Esto es horrible. Algo debes hacer, á alguien debes amar, debes tener amigos.

—No. Me levanto á mediodía. Vengo aquí, almuerzo, tomo bocks, espero la noche, como, bebo bocks; y á la una ó á la una y media voy á acostarme porque cierran. Es lo que más me jeringa. Desde hace diez años, lo menos he pasado seis en este banco, en mi rincón, y el resto en mi cama, nunca en otra parte. Algunas veces hablo con los parroquianos.

—Pero, al llegar á París ¿qué hiciste?

—Estudié Derecho... en el café Médicis.

—¿Y luego?

—Después... pasé el río y vine aquí.

—¿Por qué te tomaste tal molestia?

—Porque no puede uno pasarse la vida entera en el barrio Latino. Los estudiantes arman demasiado ruido. Ahora ya no variaré más. ¡Camarero, un bock!

Creí que se burlaba de mí; insistí:

—Ea, sé franco. De fijo que has tenido un gran pesar. ¿Unos amores contrariados? Sí, eres, á no dudarlo, un hombre á quien ha herido la desgracia. ¿Qué edad tienes?

—Treinta y cinco años y represento diez más.

Le miré con detenimiento. Su cara arrugada, mal cuidada, parecía la de un viejo. En la parte alta del cráneo, algunos cabellos cubrían la piel nada limpia. Tenía cejas enormes, mucho bigote, y una barba espesa. No sé por qué se me apareció de pronto un barreño de agua negruzca, del agua en que se hubiera lavado todo aquel pelo.

Le dije:

—En efecto, pareces más viejo de lo que eres. De fijo que has tenido pesares.

—Te aseguro que no. Soy viejo porque no tomo jamás el aire. No hay cosa que deteriore más á los hombres que la vida de café.

No podía creerle.

—De fijo que la has corrido mucho. No se queda uno calvo de este modo sin amar mucho.

Movió tranquilamente la cabeza, sembrando la levita de la caspa que caía de sus últimos cabellos.

—No, siempre he sido casto ó poco menos.— Y añadió sonriendo: —Si soy calvo lo debo al gas, que es el enemigo del cabello. ¡Camarero, un bock! ¿No tienes sed?

—No, gracias. Pero, dime, ¿de qué proviene tal descorazonamiento? No es normal, no es natural. Algo debe habértelo producido.

—Sí, ya data de mi infancia. Recibí un golpe de niño, y me entristeció para siempre.

—¿Qué fué?

—¿Quieres saberlo? Escucha. ¿Te acuerdas de aquella gran quinta en que me crié? Sí, porque recuerdo que estuviste alguna vez en vacaciones. Debes recordar aquel caserón gris en el centro de un gran parque, y las largas avenidas de robles dirigidas á los cuatro puntos cardinales. Debes recordar también á mis padres, ambos ceremoniosos, solemnes y severos.

Adoraba á mi madre, temía á mi padre y les respetaba á los dos, acostumbrado como estaba á ver que todos se inclinaban ante ellos. En la comarca les llamaban el señor conde y la señora condesa, y nuestros vecinos los Tannemare, los Ravelet, los Brenneville, demostraban gran consideración á mis padres.

Tenía entonces trece años. Era alegre, estaba contento como todos los niños de tal edad.

A fines de septiembre, pocos días antes de volver al colegio, jugando al lobo entre los matorrales del parque, vi de pronto, al atravesar una avenida, á mis padres que se paseaban.

Me acuerdo de ello como si ocurriera ayer. Era

un día de mucho viento. Las filas de árboles se inclinaban bajo el empuje de las ráfagas, gemían, parecían lanzar aquellos gritos sordos, profundos que los bosques lanzan durante las tempestades.

Las hojas, amarillas ya, volaban altas, arrancadas, se arremolinaban, caían y luego corrían á lo largo de la avenida como animales veloces.

Anochecía. Apenas se veía entre los matorrales. Aquella agitación del viento y de las ramas me excitaba, me hacía correr como un loco y gritar imitando á los lobos.

Apenas vi á mis padres cuando fuí hacia ellos á paso furtivo, escondiéndome para sorprenderles, como si hubiese sido un verdadero salteador.

Pero de pronto me detuve despavorido á pocos pasos de ellos. Mi padre, presa de terrible cólera, gritaba:

—Tu madre es una tonta; y, además no se trata de ella sino de ti. Te digo que necesito ese dinero y has de firmar.

Mamá contestó con firme acento:

—No firmaré. Se trata de la fortuna de Juan. La guardo para él y no quiero que la gastes con mujerzuelas y criadas como hiciste con tu herencia.

Entonces papá, estremeciéndose de furor, se volvió, y cogiendo á su esposa por el cuello, la pegó con la otra mano.

Cayó el sombrero de mamá y se le soltó el pelo; trataba de parar los golpes, pero no lo conseguía. Y papá, como un loco, pegaba, pegaba. Cayó al suelo ocultando el rostro entre las manos. Entonces la pegó todavía apartando las manos con que se cubría la cara.

En cuanto á mí, querido, parecíame que el mundo iba á desplomarse, que se subvertían todas las leyes eternas. Experimentaba aquel trastorno que se siente ante las cosas sobrenaturales, las catástrofes monstruosas, los desastres irreparables. Mi cabeza de niño enloquecía. Empecé á gritar con todas mis fuerzas, sin saber por qué, presa de un espanto, de un terror tremendos. Mi padre me oyó, se volvió, me vió y vino hacia mí. Pensé que iba á matarme y huí como una bestia acosada, rectamente, sin mirar atrás. Corrí quizá una hora, quizá dos, no lo sé. Llegó la noche y allí estuve transido de miedo, devorado por una pena capaz de destrozar para siempre mi corazón de niño. Tenía frío y hambre quizá. Amaneció. No me atrevía á levantarme, á andar, ni á volver, ni á huir más lejos, temiendo encontrar á mi padre, á quien no quería volver á ver.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1625 MONTERREY, MEXICO

Quizá hubiese muerto de hambre al pie de un árbol, á no ser porque el guarda me encontró y me llevó á casa á la fuerza.

Mis padres tenían su expresión acostumbrada. Unicamente mi madre me dijo: «¡Qué miedo me has dado, hijo mío! he pasado la noche sin dormir.» No contesté y me eché á llorar. Mi padre no pronunció una palabra.

Ocho días después volví al colegio.

Cree, querido, que desde aquel instante todo acabó para mí. Había visto la otra cara de las cosas, la mala, y desde entonces no he visto la buena. ¿Qué le ocurrió á mi alma? ¿Qué extraño fenómeno trastocó mis ideas? Lo ignoro. Pero desde entonces nada me gusta ni nada deseo, ni amo á nadie, ni tengo esperanza ni ambición. Siempre se me representa mi pobre madre en el suelo recibiendo los golpes de mi padre. Mi madre murió al cabo de pocos años. Mi padre vive aún. No le he vuelto á ver.

—¡Camarero, un bock!...

Le trajeron un bock, que sorbió de un trago. Pero al coger la pipa, como temblaba, la rompió. Hizo un ademán desesperado y me dijo:

—Toma, esto si que es un verdadero disgusto. Lo menos tardaré un mes en culotar otra.

Y lanzó á través de la sala, llena entonces de humo de bebedores, su grito eterno:

—¡Camarero, un bock y una pipa nueva!

EL BAUTIZO

EL BAUTIZO

A Guillemet.

Muchos hombres, vestidos con sus trajes de fiesta, esperaban en la puerta de la granja. El sol de Mayo vertía su clara luz sobre los manzanos en flor, redondos como inmensos ramilletes blancos, rosados y bien olientes que formaban una techumbre de flores en el patio. Sembraban de continuo una lluvia de menudos pétalos, que revoloteaban antes de caer entre las altas hierbas donde los amargones brillaban como llamaradas y las amapolas parecían gotas de sangre.

Una marrana de enorme barriga dormitaba junto al estercolero, y en torno suyo corrían gruñendo

una porción de lechones, con la cola arrollada como una cuerda.

De pronto sonó á lo lejos, detrás de los árboles de las granjas, la campana de la iglesia. Su voz de bronce lanzaba al cielo alegre su llamada débil y lejana. Las golondrinas hendían como flechas el espacio azul, al que formaban un marco de verdura las altas hayas inmóviles. A veces una tufarada de establo se mezclaba al aliento suave y azucarado de los manzanos.

Uno de los hombres que estaban en pie junto á la puerta, se volvió hacia la casa gritando:

—¡Ea, aprisa, Melina, que ya tocan!

Quizá tenía treinta años. Era un campesino robusto al que la ruda labor de los campos no había aún deformado ni encorvado. Un anciano, su padre, nudoso como un roble, con las muñecas rugosas y las piernas retorcidas, exclamó:

—Las mujeres no acaban nunca de emperejilarse.

Los otros dos hijos del viejo se echaron á reir y uno, dirigiéndose á su hermano que llamara antes á las mujeres, dijo:

—Ve á buscarlas, Hipólito, sino no salen hasta las doce.

El joven entró en su casa.

Una bandada de patos que estaba cerca de los campesinos, se puso á chillar, batiendo las alas, y luego se dirigió hacia la balsa con paso lento, balanceándose.

Entonces apareció en la puerta una mujerona rechoncha, llevando en brazos á un niño de dos meses. Las bridas blancas de la cofia le colgaban á la espalda sobre un chal rojo, deslumbrador como un incendio, y el chiquillo, envuelto en blancos pañales, descansaba sobre la hinchada barriga de la mujer.

Luego salió á su vez la madre, que era alta y robusta, fresca y sonriente, de dieciocho años apenas, dando el brazo á su marido. Aparecieron luego las dos abuelas, arrugadas como manzanas resecas, abrumadas por las duras faenas que soportaran durante años y años. Una de ellas era viuda. Tomó el brazo del abuelo, que aun estaba en el umbral de la puerta, y se pusieron á la cabeza del cortejo, detrás del niño y de la comadrona. El resto de la familia les siguió. Los jóvenes llevaban cucuruchos de papel llenos de confites.

A lo lejos, la campana tocaba de continuo, llamando con todas sus fuerzas al débil niño que es-

peraba. Los muchachos de las granjas subían al camino, las gentes se asomaban á las vallas, y las muchachas de las granjas quedaban plantadas en firme, entre dos cubos de leche que dejaban en el suelo para mirar con mayor comodidad el paso del bautizo.

La comadrona, muy ufana, llevaba su viviente carga, sorteando los charcos de agua en los caminos hondos, cuyos ribazos estaban arbolados. Los viejos andaban ceremoniosamente y con trabajo, llenos de achaques y alifafes, y los jóvenes sentían ganas de bailar y miraban á las muchachas que acudían á verles pasar. Los padres iban graves, serios, siguiendo á aquel niño que andando el tiempo habría de reemplazarles en la vida, que perpetuaría su nombre en la comarca, el apellido de los Dentú, bien conocido de todos.

Ya se veía la iglesia con su puntiagudo campanario. Una doble abertura le atravesaba al nivel del tejado de pizarra; y algo se movía en aquel espacio claro, con movimiento vivo, yendo y viniendo, pasando y repasando detrás de la estrecha ventana. Era la campana que tocaba todavía, gritando al recién nacido que acudiera por vez primera á la casa de Dios.

Un perro se había unido al cortejo. Le echaban confites y corría y saltaba alegremente.

La puerta de la iglesia estaba abierta. El sacerdote, un mocetón pelirrojo, cenceño y robusto, otro Dentú, tío del niño, hermano del padre, esperaba delante del altar. Bautizó según el rito á su sobrino Próspero César, que se echó á llorar al sentir el gusto de la sal simbólica.

Al terminar la ceremonia, la familia permaneció en el atrio mientras el vicario se quitaba el sobrepelliz. Luego se pusieron de nuevo en marcha rápidamente, porque pensaban en la comida. Todos los arrapiezos del pueblo seguían la comitiva y cada vez que les echaban un puñado de confites se entablaba una lucha furiosa, una de empujones y puñetazos que no había más que pedir; el perro se lanzaba también á la pelea para zamparse cuantos dulces podía y á pesar de que le tiraban de la cola, de las orejas, de las patas, no renunciaba á su parte de botín.

La comadrona, resollando, dijo al vicario que iba á su lado:

—Estoy muy cansada, señor vicario. ¿Quiere usted llevar un momento á su sobrino mientras respiro un poquito? Tengo casi calambres en el vientre.

El sacerdote cogió el niño cuyos pañales formaban una gran mancha clara sobre la sotana negra, y lo besó, sin saber cómo componérselas para llevarlo, ni cómo debía ponerle. Todos se echaron á reir. Una de las abuelas le preguntó desde lejos:

—¿No te da lástima, abate, pensar que nunca tendrás uno así?

El sacerdote no contestó. Andaba á paso largo, mirando fijamente al rorro de ojos azules, y dábanle ganas de besar de nuevo sus redondos carrillos. No pudo contenerse y levantándole á la altura de su cara le besó.

El padre gritó:

—Oye, cura, si quieres uno no tienes más que decirlo.

Y empezaron á bromear como bromean los labriegos.

Apenas estuvieron sentados á la mesa, estalló como una tempestad la bulliciosa alegría campesina. Los otros dos hijos iban á casarse en breve y sus novias habían acudido á la comida; así es que los invitados no cesaban de lanzar alusiones á las generaciones futuras que prometían aquellas bodas.

Las bromas eran de verde subido que hacía ruborizar á las mozas y reventar de risa á los hom-

bres. Daban puñetazos en la mesa; lanzaban gritos. El padre y el abuelo decían horrores. La madre sonreía, y las viejas tomaban parte en la general alegría y también echaban su cuarto á espadas.

El cura, acostumbrado á aquellos banquetes rústicos, permanecía tranquilo junto á la comadrona, tocando con el dedo la boquita de su sobrino, para hacerle reir. Parecía asombrado de ver aquel niño, como si no hubiese visto nunca ninguno. Le miraba con atención, reflexionando, con gravedad soñadora, con una ternura que se había despertado en sus entrañas, una ternura desconocida, singular, viva, un tanto triste, hacia aquel sér pequeñito, débil, frágil, que era hijo de su hermano.

Nada oía, nada veía; contemplaba al niño. Sentía ansia de cogerle otra vez, de acariciarle, pues experimentaba aún, en su pecho y en su corazón, la sensación dulce de haberle llevado hacía unos instantes, al volver de la iglesia. Sentíase conmovido ante aquella larva de hombre como ante un misterio inefable en el que jamás pensara, un misterio augusto y santo, la encarnación de una nueva alma, el gran misterio de una vida que empieza, de la raza que se perpetúa, de la humanidad que sin cesar se mueve.

La comadrona comía con la cara congestionada, encandilados los ojos, molestada por el pequeñuelo que la apartaba de la mesa.

El cura le dijo:

—Démelo; no tengo más apetito.

Y cogió de nuevo el niño. Entonces todo desapareció en torno suyo, se borró todo y permanecía con la mirada fija en aquella carita fresca y abotargada, y poco á poco el calor del cuerpecito, filtrando á través de los pañales y de la sotana, llegábale á las piernas, le penetraba como una caricia muy ligera, muy santa, muy casta, una caricia deliciosa que le hacía asomar las lágrimas á los ojos.

El ruido de los comensales degeneraba en estrépito. El pequeñuelo, excitado por aquel ruido, rompió á llorar.

Una voz chilló:

—Dale el pecho, abate.

Y una carcajada conmovió la sala. Pero la madre se levantó, tomó á su hijo y lo llevó á la habitación del lado. Al cabo de pocos minutos dijo, al entrar, que dormía en la cuna.

Continuó la comida. Hombres y mujeres salían de cuando en cuando al patio y luego volvían otra vez á la mesa. La carne, las legumbres, la sidra y

el vino desaparecían tragados por las bocas, hinchaban las barrigas, encandilaban los ojos, hacían delirar las mentes.

Anochecía cuando tomaron café. Desde hacía rato se había eclipsado el cura sin que nadie extrañara su ausencia.

La madre se levantó al cabo para ver si dormía el pequeñuelo. Estaba ya obscuro. Penetró á tientas en la habitación, y avanzaba con los brazos extendidos para no topar con un mueble. De pronto un ruido extraño hizo que se detuviera en seco. Salió despavorida, segura de haber oído que alguien se movía. Entró en el comedor, pálida, temblorosa, y contó lo ocurrido. Los hombres se levantaron en tumulto, ebrios y amenazadores; y el padre, con una lámpara en la mano, salió con ímpetu.

El cura, de rodillas junto á la cuna, sollozaba con la frente en la almohada donde descansaba la frente del niño.